

Desde el 89 (el suyo y el nuestro)

Rolando Cordera Campos*

Como mejor se puede expresar gran parte de lo que anda mal en el mundo es mediante el lenguaje del pensamiento político clásico: estamos intuitivamente familiarizados con los problemas de la injusticia, la falta de equidad, la desigualdad y la inmoralidad —sólo hemos olvidado cómo hablar sobre ellos.

TONY JUDT¹

1989 puede ser visto por los historiadores futuros como el año que marca el fin de un periodo histórico, para México y buena parte del mundo. También, como la mojonera del inicio formal de la búsqueda de un nuevo orden para un mundo en innegable transformación. En particular, en esa fecha se hace evidente que, en nuestro país, pero no sólo, se abría paso una exigencia sistémica y estructural de la que habría de depender una revisión profunda de las relaciones entre la economía y la política, el Estado y el mercado y hasta entre la democracia, que emergía, y el capitalismo que pugnaba por transformarse en consonancia con los cambios del mundo y sus severos desajustes estructurales internos. La caída del muro de Berlín precipitó cambios en la geopolítica y en la economía mundiales. Se abrieron nuevos territorios a la producción capitalista, vastos espacios de consumo, generación de plusvalía, creación de relaciones sociales con vocación universal, etcétera.

Más allá de sus portentosos cambios culturales y demográficos, 1989 marca el inicio de una nueva estructura del poder mundial. También se delinea la irrupción de un ambicioso aspirante a la hegemonía de un mundo que parecía quedarse sin eje. China se presenta como el gran taller del mundo con el que soñaron los ingleses a principios del siglo xx y empezó a verse por propios y extraños como el “reino del medio” en versión siglo XXI. Más adelante los propios chinos se plantearían la agenda milenaria de una sociedad medianamente próspera y una potencia mundial. Por lo pronto, el despegue chino desconcertaba a más de uno porque su reformismo combinaba una apertura formidable al mercado mundial, en comercio e inversiones, con el mantenimiento del régimen de partido único del que habría de devenir un desafiante capitalismo con partido de Estado, “party State capitalism” sugirió hace poco un estudioso francés, donde el partido opera como una gran matriz de concertación e información para el control político y la gestión económica.

* Coordinador del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo (PUED) de la UNAM. Profesor emérito de la Facultad de Economía de la UNAM.

¹ Tony Judt, *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010.

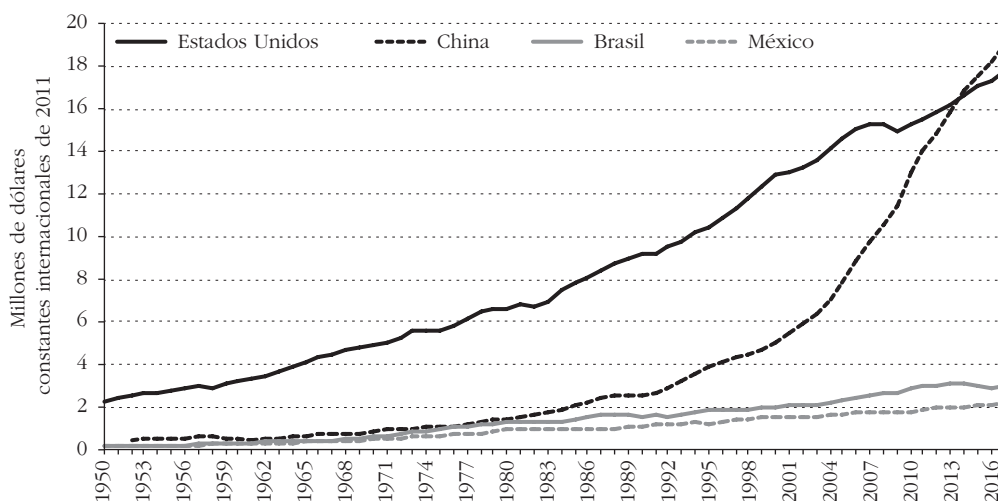
Después de unos primeros años de discreción y hasta renuencia a discutir el tema de la democracia liberal que se veía como el modelo único posguerra fría, la dirigencia china suele presentar su ruta de desarrollo no sólo como legítima sino como eficaz, tanto en la economía como en la política y la coordinación de una sociedad inmensa y variada. De nuevo, ahora con la experiencia asiática protagonizada por China, la cuestión de las relaciones y funcionalidades entre la economía y la política se plantea como cuestión decisiva que, sin embargo, no puede resolverse de antemano ni conforme a un código único, universal. Ésta es, debería ser, una lección central para orientar nuestro debate mexicano sobre el futuro de la democracia y del desarrollo.

Sólo a guisa de ilustración, la gráfica 1 da cuenta resumida de unas evoluciones contrastantes entre nuestro país, Brasil, China y Estados Unidos. Debería ser un punto de partida para el estudio comparativo que tanta falta nos hace.

También en 1989 París conmemoró el bicentenario de la Revolución francesa, movimiento que impulsó los grandes principios de autonomía individual y libertad introducidos por los “Padres fundadores” en Estados Unidos y que con esa revolución se volvían canon universal. Sin duda, las celebraciones sirvieron como contexto de lo que entonces sería el inicio de un terremoto de época con la caída del muro de Berlín y su secuela de desplomes precipitados por el de la propia Unión Soviética.

Con la caída estrepitosa de la URSS y su comunismo como “sistema-mundo”, la globalización como realidad emergente, proyecto planetario y como mantra, encuentra sustento como idea-fuerza, articuladora no sólo de un proyecto económico diferente al heredado de Bretton Woods, sino de un diseño político que pro-

Gráfica 1. Evolución del PIB en México, China, Brasil y Estados Unidos, 1950-2016



FUENTE: elaboración propia con base en Robert C. Feenstra, Robert Inklaar y Marcel P. Timmer, “The next generation of the Penn World Table. Version 9.1”, *American Economic Review* 105, núm. 10, 2015, pp. 3150-3182.

metía poner por delante los derechos humanos y la democracia representativa como binomio que organizaría la reconstrucción del mundo de la posguerra fría. Podía hablarse así, como lo hizo el presidente Bush (padre) después de la primera Guerra del Golfo, de que se iniciaba un nuevo orden mundial.

De “nuevo mundo” a “isla desolada” el (des)orden internacional empaña hoy las horas y los días humanos y la nueva mundialidad proyectada como hiperglobalización se debate en crisis tras crisis, de sus economías y de sus sistemas de gobernanza. En el Sur, donde la pobreza impone su cara a la industrialización acelerada, pero también en el Norte, donde se cuecen las peores y extremas tendencias autoritarias y nacionalistas han llevado a no pocos estudiosos y dirigentes políticos a advertir el resurgimiento del fascismo.

Así las cosas, hoy es posible proponer que el triunfalismo globalizador de fines del siglo xx fue sobre todo una optimista hipótesis de trabajo de la potencia triunfante del enfrentamiento bipolar. Luego vinieron la gran recesión de 2008 y su secuela austericida y la emergencia agresiva de los nuevos discursos autoritarios encabezados nada menos que por Trump y su disruptivo gobierno dedicado a subvertir lo que queda del orden internacional de la segunda posguerra.

No obstante lo anterior, conviene consignar un hecho característico de esos años finales del milenio: se trató de un “momento” en el que varias naciones y fuerzas políticas de Latinoamérica desplegaron estrategias y coaliciones para recuperar o implantar sus democracias y, al mismo tiempo, tratar de transfigurar el Consenso de Washington: de evangelio de la globalización neoliberal a verbo desarrollista, sustentado en las aperturas comerciales y financieras que acompañaban a la globalización del mundo. Ésta fue, también, el escenario de las “revoluciones de terciopelo” de Europa del Este y de la transición del socialismo al capitalismo.

En México, bajo el amparo de un Estado y un partido hegemónicos, pretendió seguirse un camino distinto que, desde los observatorios del poder, se presentaba como una “democracia peculiar”, que tendría sus especiales modos de buscar renovar acomodos políticos y económicos fundamentales en los nuevos planos y frente a los dilemas que planteaban la globalización y el fin de la bipolaridad. Tal proyecto, que en realidad nunca fue más que una pretensión desde una hegemonía menguante, no prosperó. Las razones son varias, pero entre ellas está la acumulación de intereses y miradas pluralistas en lo político y lo económico que abrió como posibilidad la reforma electoral promovida por el presidente López Portillo y su secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles en 1977 y que, considerada “cosa menor” por muchos en ese momento, probó ser poco menos que una “revolución política”, como la calificara entonces el gran politólogo Arnaldo Córdova.

También ese 89 México vivía los estragos de una profunda crisis financiera y económica, desatada en 1982 por la llamada crisis de la deuda externa y extendida al conjunto de la estructura económica debido, en alto grado, al draconiano ajuste impuesto a la economía y la sociedad por el gobierno del presidente De la Madrid para evitar que, en sus palabras, “el país se nos fuera entre las manos”. De cualquier forma o hipótesis interpretativa, lo que sobresale en esa época es la fractura “no violenta” del bloque dominante propiciada por la nacionalización de la banca

en 1982. A partir de entonces el país asistió a la que cada vez más abierta exigencia del capital y la gran empresa de que lo requerido eran cambios y cirugía mayor en el Estado y sus relaciones con el resto de la economía interna y foránea, redefinir los linderos entre lo público y lo privado.

La recomposición del pacto de dominación hubo de esperar a que desde el Estado se asumiera la necesidad de un cambio estructural drástico y profundo, se abriera el mercado al exterior y se procediera a un acelerado proceso de privatización y liberalización del régimen de inversión imperante. El pluralismo político alcanzado hasta entonces, hegemonizado por Acción Nacional, a pesar de sus pobres avances y precaria institucionalización, serviría de eficaz palanca simbólica y real para que los reclamos y exigencias del sector privado nacional y la “alta finanza internacional”, que diría Polanyi, se fueran concretando en nuevas realidades institucionales y, en los hechos, en una efectiva reforma económica del Estado en clave de mercado y conforme al código globalizador que se desplegaba como un Consenso de Washington dirigido a la construcción de un nuevo orden internacional.

Se arriba así a una nueva funcionalidad entre política y economía, entre Estado y mercado y entre un capitalismo cada vez más globalizado y una democracia pluralista que sin embargo renuncia a los objetivos históricos desarrollistas y de justicia social. El cuadro 1 da cuenta de los registros de crecimiento económico y demográfico de México a partir de 1940, cuando empiezan a fincarse y despejarse las ecuaciones mencionadas. Estos procesos sentaron las bases de un crecimiento económico y unos cambios sociales que llegaron a calificarse de milagrosos y sirvieron para posponer *sine die*, desde el poder del Estado, las asignaturas propias de su democratización y su despliegue en el plano de la redistribución social.

A partir de 1982 todo empezó a cambiar en el flanco económico. El crecimiento se reduce y estanca, y el producto per cápita decrece en ese decenio. Ese desempeño, determinado por la crisis financiera que estallara en 1982, la política de ajuste extremo y las rupturas del pacto político entre el capital privado y los grupos dirigentes, profundiza las grietas que habían surgido desde el gobierno del presidente Echeverría, tanto en las relaciones entre esos sectores como en las

Cuadro 1. Crecimiento económico en diferentes décadas o periodos
(porcentajes)

	1940- 1950	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980	1980- 1990	1990- 2000	2000- 2010	2010- 2018
PIB	5.73	6.04	6.45	6.69	1.83	3.51	1.46	2.17
PIB per cápita	2.42	2.82	3.07	3.68	-0.39	1.87	0.04	1.18
Población	3.24	3.13	3.28	2.90	2.22	1.61	1.42	0.97

FUENTE: elaboración propia con base en Juan Moreno Pérez, “Ciclos y tendencias en el México del siglo XX: una reinterpretación cuantitativa”, Los Ángeles, University of California, Program on Mexico, 2002; INEGI, “SCNM, producto interno bruto trimestral. Año base 2013. Serie del primer trimestre de 1993 al segundo trimestre de 2019”, 2019, <<https://www.inegi.org.mx/sistemas/bie/>> y Conapo, “Indicadores demográficos de México de 1950 a 2050 y de las entidades federativas de 1970 a 2050, consultado el 27 de agosto de 2019, <<https://datos.gob.mx/herramientas/indicadores-demograficos-de-mexico-de-1950-a-2050-y-de-las-entidades-federativas-de-1970-a-2050?category=web&tag=economia>>.

potencialidades de acumulación de capital y sostenibilidad del crecimiento económico. Esa devastadora crisis no impidió, sin embargo, que la diversificación estructural, buscada primero a partir del auge petrolero y propiciada después por el cambio en la estrategia con la apertura comercial y financiera de 1985, se propulsara en 1989 con la propuesta de un Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Empero, tal vuelco estructural no se ha traducido en nuevos o renovados núcleos dinamizadores de la acumulación, la producción y el empleo, lo que ha afectado la cohesión social.

El empleo precario afecta hoy a millones y los ingresos provenientes del trabajo se han concentrado y arrojan un panorama de injusticia distributiva, tanto social como de mercado. La inversión pública se ha reducido a su mínima expresión y la privada ha sido del todo insuficiente para sostener ritmos de crecimiento aceptables. La desigualdad regional se ha profundizado y las modernizaciones productivas propiciadas por el Tratado de Libre Comercio no han dado lugar a una matriz dinámica y dinamizadora del conjunto económico nacional.

Recuérdese, además, que en 1987 el PRI sufrió una revuelta interna que dio lugar a un auténtico cisma en la arquitectura del régimen político presidencialista. De ahí se transitó a un desenlace político-electoral puesto en entredicho masivamente y deslegitimado en cuanto a la aceptación general de sus resultados. Ese año la sucesión presidencial fue acremente cuestionada desde las propias filas de la “coalición revolucionaria” y los principales protagonistas del cisma priista no sólo enfrentaron las decisiones del poder presidencial, sino que movilizaron a amplios sectores sociales y después convocaron a formar un nuevo partido político y exigir nuevas reformas electorales en pauta democrático representativa.

A diferencia de experiencias anteriores en el sistema político presidencialista y autoritario, en esta ocasión los disidentes no buscaron un retorno más o menos suave a las filas del PRI-gobierno sino que optaron por la organización política independiente y las vías electorales y legales. De ahí la fuerza y legitimidad de sus reclamos de reforma política amplia y profunda, la cual empezaría a procesarse al calor de la difícil afirmación de la presidencia de Carlos Salinas para acelerarse al final de ese gobierno con el fin de responder y encauzar el reclamo airado y armado del EZLN presentado en 1994.

Poco después, en 1997, el presidente Zedillo llevaría a cabo unas reformas en esa dirección que lo llevaron a presumir que se trataba de una “reforma electoral definitiva”. No ha sido así; lo que hoy queda claro es que esas complejas y riesgosas jornadas de movilización social y popular, esas coaliciones súbitas entre derechas e izquierdas, la participación abierta o discreta de los empresarios y sus organismos, obligaron al Estado a reaccionar conforme al nuevo entendimiento que surgía de la coyuntura. Con toda la renuencia que se quiera, debe admitirse que tanto Salinas como Zedillo respondieron al reclamo con disposición al acuerdo y la negociación.

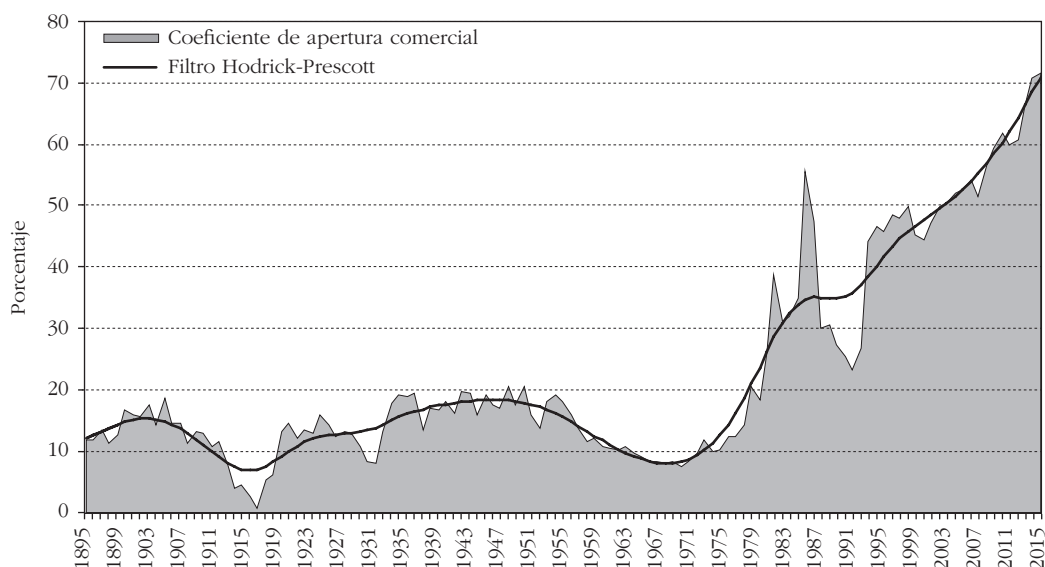
Aparte de estas condiciones internas, queda por estudiar y analizar el papel que tuvo el “factor externo” condensado en Estados Unidos y su relación económica, política, social y migratoria con México. Dicho vínculo se ha vuelto no sólo

continental y polivalente sino portador de evoluciones difíciles y convulsas pero efectivas de la región hacia procesos definitorios de una creciente integración económica y política. El flanco social, que alude al peso creciente de las comunidades mexicanas y México-americanas en Estados Unidos alcanza hoy una gran densidad y alienta otras reflexiones abiertas por el avance de los procesos de producción conjunta, la presencia del trabajo mexicano más allá de las fronteras territoriales, etcétera.

La gráfica 2 da cuenta del grado de integración internacional alcanzado por la economía mexicana en las últimas décadas; atrás queda la apertura primaria exportadora del Porfiriato, en tanto que los coeficientes actuales de exposición mexicana al comercio mundial siguen definidos por el hecho de que alrededor de 80% de nuestras exportaciones van hacia Estados Unidos y, en su mayoría, esas ventas corresponden a multinacionales norteamericanas.

Desde las elecciones de 1988 los grupos dirigentes del Estado, la política y los negocios tuvieron que aprender a convivir con un pluralismo que buscaba formas de expresión e implantación en el territorio geográfico y político con la perspectiva de volver realidad una alternancia en el Poder Ejecutivo pero también en todo el territorio. Sin embargo, el camino no ha sido lineal. Como señalamos, desde fines de 1993, particularmente en 1994, una versión del “México profundo” del que hablara Guillermo Bonfil se presentó como rebelión indígena armada en Chiapas, misma que encontró respaldo “civil” y urbano en la ciudad de México y otras urbes importantes. A esta insólita convulsión, le siguieron el asesinato del candidato del PRI a

Gráfica 2. Apertura comercial como porcentaje del PIB, 1895-2017



FUENTE: elaboración propia con base en series históricas de INEGI, *Estadísticas históricas de México*, México, INEGI, 2009 y Banco de México, “Sistema de información económica. Balanza de pagos. Balanza comercial de mercancías de México (sin apertura de maquiladoras)”, 2019, <<http://www.banxico.org.mx/SieInternet/consultarDirectorioInternetAction.do?sector=1&accion=consultarDirectorioCuadros&locale=es>>.

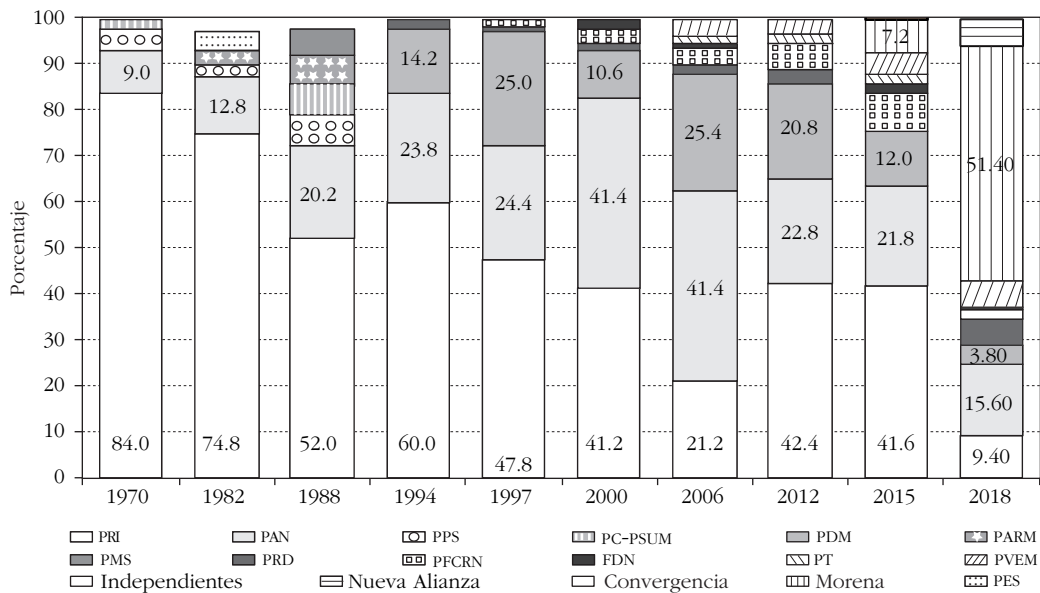
la Presidencia, Luis Donald Colosio y al final de ese año terrible el de otro importante dirigente priista, José Francisco Ruiz Massieu.

Con y contra todo, el orden presidencialista pudo resistir esas ráfagas de subversión y violencia y encauzar no sólo los reclamos sociales provenientes de los rezagos, las crisis y la alta inflación provocada por el ajuste para pagar la deuda externa. De lo que se trataba y se trata ahora es de darle al pluralismo surgido y codificado por las primeras reformas electorales una ruta efectiva y creíble hacia un orden democrático propiamente dicho. Un orden que México nunca ha tenido como tal y como proceso maestro de cambio con estabilidad.

Como lo muestra la gráfica 3, el escenario monocolor del presidencialismo priista se ha vuelto policromo y la negociación parlamentaria cotidiana. No obstante, al mismo tiempo, es un hecho que la pluralidad no ha sido capaz de desplegar deliberación ambiciosa de carácter estratégico, sobre el curso de desarrollo y la grave cuestión social. Tampoco parece ser asunto de preocupación el hecho duro y ominoso de que ya por más de 30 años la economía ha crecido apenas por encima de 2% anual.

En 1994, como se apuntó, se llevaron a cabo reformas políticas “de emergencia” que sentaron las bases para una consistente revisión de las reglas de la lucha electoral, la constitución y transmisión del poder; en 1997 el PRI perdió la mayoría en

Gráfica 3. Cambios en la composición política de la Cámara de Diputados



FUENTE: elaboración propia con datos de Efrén Arellano Trejo, “La transformación de la Cámara de Diputados”, documento de trabajo, 134, México, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, Cámara de Diputados, 2012; Cámara de Diputados, Integración del pleno: LXI Legislatura, < http://sitllxi.diputados.gob.mx/info_diputados.php>; LXII Legislatura, < http://sitllxii.diputados.gob.mx/info_diputados.php>; LXIII Legislatura, < http://sitllxiii.diputados.gob.mx/info_diputados.php>, y Cámara de Diputados, Centro de Documentación, Información y Análisis, “Legislaturas XXVII-LX (1917-2009), diputados integrantes”, 2008.

la Cámara de Diputados y el gobierno de la ciudad, espacios privilegiados donde solían legitimarse las decisiones cupulares en el Estado. Luego, con el nuevo milenio vendría la llamada alternancia en el Poder Ejecutivo abriéndose periodos de alternancias en los diferentes niveles del gobierno hasta (re)conformar un rostro político electoral multicolor y mutante. Sin embargo, hay que enfatizar: la nueva cara político-electoral mexicana no se ha traducido en cambios significativos en la calidad de los intercambios políticos, y tampoco en los contenidos de la agenda nacional.

Ciertamente el mapa geoeconómico y social ha cambiado: industrialización moderna y exportadora; transformación de la geografía humana en el centro y centro norte de México, una demografía dominada por los jóvenes y los adultos jóvenes; aceleración de la migración interna y externa. Poblaciones migrantes asentadas en las regiones de la nueva industrialización exportadora, donde se han vivido marcados procesos de proletarización y cambios de ocupación, pero también se ha registrado un importante crecimiento del crimen organizado que va del norte originario a vastos territorios urbanos en el centro y el centro sur del país.

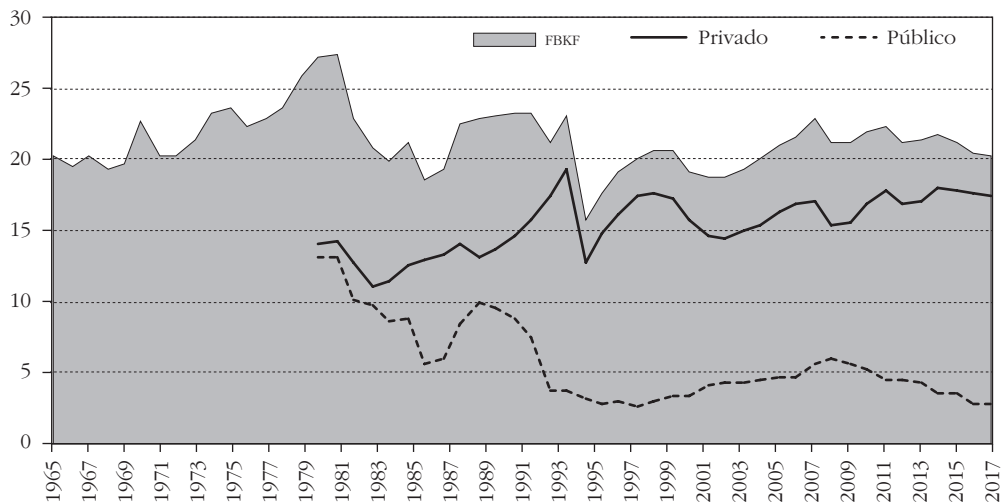
Desde las crisis de los años ochenta y los ajustes emprendidos para pagar la deuda externa y apurar la inscripción de México en los nuevos territorios de la globalización, se anotó un fenómeno dañino y contrario a una implantación productiva de la nueva estrategia de apertura externa adoptada; desde la contracción del Estado empresario e inversor se ha contraído también el ritmo de la inversión,² lo que ha resultado en una pérdida progresiva de la potencialidad nacional para acumular capital y poder sostener un crecimiento económico que genere los empleos socialmente necesarios, produzca los excedentes necesarios para fortalecer al Estado y sea capaz de enfrentar la cuestión social (gráfica 4).

El país vive en una “trampa de crecimiento lento y desigualdad”, como lo describía Jaime Ros, que reproduce la segmentación del conjunto nacional, agudiza la división norte-sur hasta el extremo que hoy recoge la migración masiva desde Centroamérica y pone a México en una crisis social de grandes proporciones. Son estas trampas y déficits mayores los que deberían definir el derrotero del debate político nacional y los planes de recuperación económica para la superación sostenida de la cuestión social. La democracia tiene que ser capaz de asumir estos reclamos provenientes de su estructura que no es, ni ha sido, sólo política. El reclamo del movimiento de 1968 derivó en un reclamo político de apertura y democracia, pero no se han atendido otras deudas del desarrollo, en particular el reclamo social.

La política se ha vuelto plural y la economía abierta y diversificada, con perspectivas de aumentar su potencial merced a la extrema competencia que han traído los nuevos mundos que surgen al calor de la crisis global y las mutaciones hegemónicas que se viven. Sin hipérbole alguna, China e India son algo más que economías emergentes que buscan lugar en las constelaciones que se forman al calor de esta nueva “gran transformación” capitalista de la poscrisis global. Son, con

² Se pensó que el ritmo podría ser superado incrementando la inversión privada nacional y extranjera que, atraída por las reformas estructurales y el cambio de giro y de régimen en materia de intervención estatal en la economía, sería seducida.

Gráfica 4. Formación bruta de capital fijo (FBKF), pública y privada, 1970-2018



FUENTE: elaboración propia con base en Banco Mundial, “Formación bruta de capital fijo, sector privado (UMN actuales)”, consultado el 27 de agosto de 2019, <<https://datos.bancomundial.org/indicador/NE.GDI.FPRV.CN?end=2018&locations=MX&start=1970>> e INEGI, *Estadísticas históricas de México*, varios años.

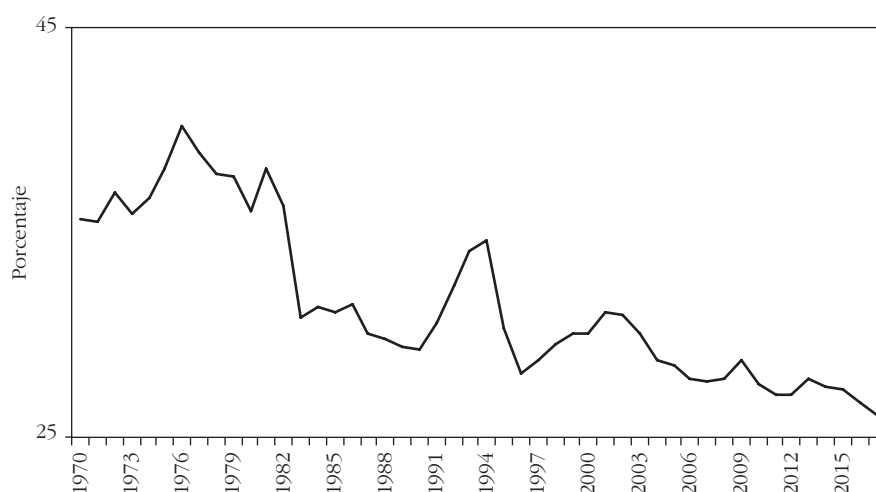
evidencia cada día mayor, grandes formaciones de poder y liderazgo en desarrollo que pretenden ser hegemónicas.

Sin embargo, es obligado reconocer que estos cambios en la morfología e histología de la política, la economía y los tejidos principales de comunicación del país con el mundo, no han propiciado la conformación de núcleos dinámicos donde pueda asentarse una verdadera, sustancial, redistribución del ingreso, la riqueza y las oportunidades. México no tiene ni una economía sólida, ni empleos suficientes y bien remunerados; nuestra característica sigue siendo una profunda desigualdad y altos niveles de pobreza. Seguimos incapacitados para sustentar nuevas plataformas de bienestar generalizado, articulado por dispositivos institucionales y dinámicas económicas endógenas inscritos en objetivos de equidad e igualdad.

El empleo, en efecto, se ha precarizado, hasta cuotas de informalidad laboral superiores a 50% del total de la fuerza de trabajo. Además, la participación de las remuneraciones, que tuvo una caída abrupta en las crisis de los años ochenta, se ha mantenido por debajo de lo que les correspondería de acuerdo con el crecimiento del producto y la productividad del trabajo (gráfica 5). La falta de seguridad, la desocupación y la informalidad son relaciones que definen la cotidianidad del mercado laboral mexicano. Actualmente, 52.4 millones de mexicanos viven en condiciones de pobreza; de ellos, 9.3 millones están en pobreza extrema, y 8.6 millones se encuentran por debajo de la línea de bienestar económico. Asimismo, 36.7 millones son considerados vulnerables por alguna carencia social y el promedio de carencias es de 1.7.

Después de la crisis global de 2008 y su secuela de lenta e incierta recuperación, lo que prima como amenaza inminente en los nuevos mundos son los nacionalismos extremos, la xenofobia y el racismo; el olvido radical de los valores de la

Gráfica 5. Participación de las remuneraciones en el PIB de 1970 a 2018



FUENTE: elaboración propia con base en Norma Samaniego Breach, “La participación del trabajo en el ingreso nacional: el regreso a un tema olvidado”, *Economía UNAM* 11, núm. 33, diciembre de 2014, pp. 52-77 y Jaime Ros Bosch, *¿Cómo salir de la trampa del lento crecimiento y alta desigualdad?*, México, El Colegio de México—UNAM, 2015.

Ilustración y de las democracias sociales que pudieron erigirse en la segunda posguerra. Sociedades más desiguales y crecientemente acosadas por todo tipo de brechas y violencias obligan al capitalismo a preguntarse de nuevo si los “treinta gloriosos” que siguieron a 1945 más que un avance fueron una excepción y que ahora el mundo, en particular las franjas avanzadas, tiene como perspectiva una azarosa transición hacia una decadencia que traería el fin de esa formación económica y social cuyos extremos parecían haber sido modulados gracias a la expansión de las democracias.

No se trata de escenarios extravagantes o, diría don Alfonso Reyes, “extralógicos”. Son panoramas que señalan realidades presentes que, incluso, son enarboladas por las extremas derechas en Europa y Estados Unidos. La combinación entre economía y política, democracia y capitalismo, Estado y mercado vuelve como un conjunto de dilemas que por su gravedad exigen acción integral por parte del Estado y unas coaliciones multiclasisistas que la sostengan. La hora de una nueva economía mixta para el desarrollo y la justicia social podría haberle llegado a la democracia y el pluralismo mexicanos.

En palabras de Dani Rodrik, “Es justo decir que, hasta el momento y dentro del ámbito político, los principales beneficiarios de las fracturas sociales y económicas forjadas por la globalización y el cambio tecnológico han sido los populistas de derecha. Varios políticos, como por ejemplo Donald Trump en Estados Unidos, Viktor Orban en Hungría y Jair Bolsonaro en Brasil han llegado al poder porque ellos capitalizaron la creciente animosidad en contra de las élites políticas establecidas y explotaron a su favor un latente sentimiento nativista”.³

³ Dani Rodrik, “The left’s choice”, *Project Syndicate* 8, enero de 2019.

Tal es el entorno dentro del cual los mexicanos tenemos que imaginar proyectos de protección social y mejora y conservación de lo hecho en el plano institucional. También, de atreverse a imaginar y recorrer renovados, sólidos y sostenibles desarrollos de la economía y la organización social. Estos empeños, que ahora forman parte de los compromisos por un desarrollo sostenible abrazados en la Asamblea General de las Naciones Unidas, son propósitos de nuestra democracia y deben convertirse en criterios maestros de evaluación del desempeño de gobiernos y gobernantes.

Se trata de una suma estupenda de las tradiciones heredadas de la Revolución mexicana y ahora, desde 2011, codificadas en los mandatos constitucionales. No son objetivos sectoriales o sectorizables, sino horizontes donde las potencialidades de la democracia y los demócratas se pondrán en juego. También lo deben ser para el gobierno y sus promesas de una Cuarta Transformación.

Treinta años de cambios, nuevos perfiles y actores. Sin duda nuevas destrezas. Avances y retrocesos de y en una sociedad joven pero cruzada, aherrojada, por la precariedad y la carencia que nutren y se nutren de la desigualdad. Para hacer honor a esa tradición y a esos compromisos y mandatos, la sociedad está urgida de una renovación intelectual y de una ética pública capaces de orientar y alimentar unos intercambios sociales, políticos y económicos renovadores, que constituyeron lo mejor de las promesas de que fue portadora la renovación democrática y, aunque muy parcial e insuficientemente, del propio Estado. **Ω**

Tlayacapan, Morelos, 10 de junio de 2019